

Coronación de María



(Escena del Pórtico de la Majestad. Colegiata de Toro)

Quizá, al final de este recorrido de la mano de María, baste hacer silencio. Baste reposar en esta escena la mirada. Cristo coronando a la Mujer, a la Madre de los vivientes a María, a la Iglesia de los santos, a la humanidad. Atrayéndola a sí, coronándola feliz, con la sonrisa en su boca. El cielo azul de fondo, sin más tinieblas que discretas nubes sosteniendo la música celeste de los incensarios que cantan la alegría de la creación concluida. Ángeles que traen a la mujer, creación fecunda, *entre alegría y algazara*.

Un libro entre la mano de Cristo. Libro de memorias. Libro de la memoria de Dios, donde dejó escrito al principio de los tiempos que los hijos de la humanidad eran hijos suyos. Donde recuerda que la humanidad está inscrita en la gloria de su corazón. Alabanza y cantos. ¿Cómo no cantar arrodillados con los ángeles que contemplan la escena desde un rincón, quizá nuestro rincón?.

Una misma corona, sin diferencias, que une al Hijo unigénito de Dios y a sus hermanos y hermanas y madres... haciéndolos uno consigo. Gloria compartida. Gloria repartida que no deja a nadie arrastrando la mirada por debajo de los demás. Ya no hay reyes y súbditos, el rey hace a todos reyes. Todos mirados frente a frente por el amor que hace que todas las cosas sean una. Y la Mujer, María, la humanidad, discreta humildad, con la cabeza inclinada aceptando el regalo. Sin palabras. Sólo unos ojos abiertos que se dirigen al autor de la gracia y el inicio de una sonrisa que se hace eterna. Ya no habrá más lágrimas ni llanto, ni luto ni dolor.

Se acabó el luto de una humanidad herida de muerte, herida de pecado. El vestido de gloria eterna de Cristo, rojo de fuego siempre ardiente atraviesa la carne de esta Mujer y la reviste ahora con el mismo rojo de fuego eterno, fuego de vida, dejado atrás el fuego del dolor. Zarza de amor ardiente que atrae y consume en el mismo amor, que llama a la libertad y a la vida.

Mira. Recuerda la blanca vestidura recibida en tu bautismo. Gracia que te envuelve, Cristo que acompaña como claridad por donde andar para tu carne, para tu vida. Y ahora blanco transcendido, blanco de gracia que se cubre de rojo de gloria. He aquí la humanidad vestida de un blanco lavado en la sangre del cordero. Su muerte de amor cubriendo para siempre nuestra vida, empapando nuestra piel con un vestido de gloria.

Ya entra la princesa, bellísima, vestida de perlas y brocado, decía el Salmo. *Os revelo un secreto -dirá Pablo-: esto corruptible se revestirá de incorrupción. Muerte, ¿dónde está tu victoria?* Cristo abraza a la madre circundada por los brazos de esta corona que realza ahora su humilde fe. Cristo abraza a la humanidad. Madre, hermanos, amigos, hijos en el Hijo, participando de su eterno amor para siempre, eternamente. El anhelo cumplido y cumpliéndose.

Pero, que no se engañe la mirada. No se trata de una escena separada de la vida. Sueños de quien quiere dormir para olvidarse de la vida lenta, torpe, trágica que hemos de vivir. He aquí que este rostro ahora sonriente ha sido el rostro muerto de la madre afligida. Has visto los pies descalzos tocando el cielo de la tierra, el cielo apenas alcanzado todavía por la carne que reposa en tierra muerta. Mira el pasado, a sus pies. Vida sin vida, muerte expectante con aquellos que se pierden en la muerte sin una mano que sostenga en este camino oscuro. Valle de lágrimas que atravesar. Peregrinos de su mano.

Que no se engañe la mirada. No es la reina de siempre, la diosa de siempre la que contemplamos. Es una mujer nacida pobre, pequeña con los pequeños. Humilde sierva que ahora, sólo ahora, después de tantas batallas, es llamada *dichosa por todas las generaciones*. Algo había intuido ella del Dios que *derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes*.

Que no se engañen nuestros ojos. Esta princesa vestida ahora de gloria estuvo siempre vestida de paños que rozan la piel, que no siempre quitan el frío. Estuvo envuelta en la vida difícil de los pobres que luchan por vivir, que sueñan con vivir y escuchar una palabra de Dios que les llame a sentarse junto a él, junto al río de la vida con el cielo azul de fondo. Sin tinieblas en el cielo, sin tormentas en el mar. ¡Tanta oscuridad y angustia por superar!

Pero, sobre todo, que no se engañe el corazón, atravesado por la espada del pecado y de la muerte. Que no se encierre triste olvidando que está predestinado a ser transido del Espíritu de Dios. Que nada ni nadie os quite la esperanza. Cristo, ahí lo veis, venció. Abierto su corazón por el pecado ha derramado un agua limpia que sacia la sed, que viste la sed, que nutre el corazón para que no pierda la esperanza. María, a su lado, ya no tiene una espada en el corazón, sino el mismo soplo que riega y fecunda el pecho del Hijo: Espíritu de amor del Padre.

Y vuelve a nosotros su mirada, como de reojo. Siendo ya reina no se olvida que a ella dirigimos la mirada y dice: *Haced lo que el os diga*. Quizá ella nos sostenga cuando el Hijo nos corone.

También hoy es tiempo de esperanza.